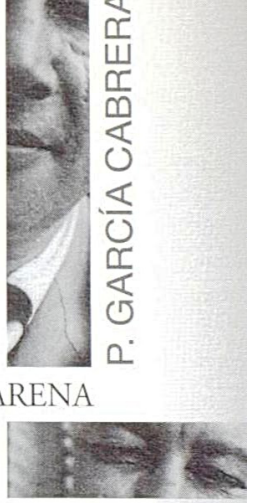


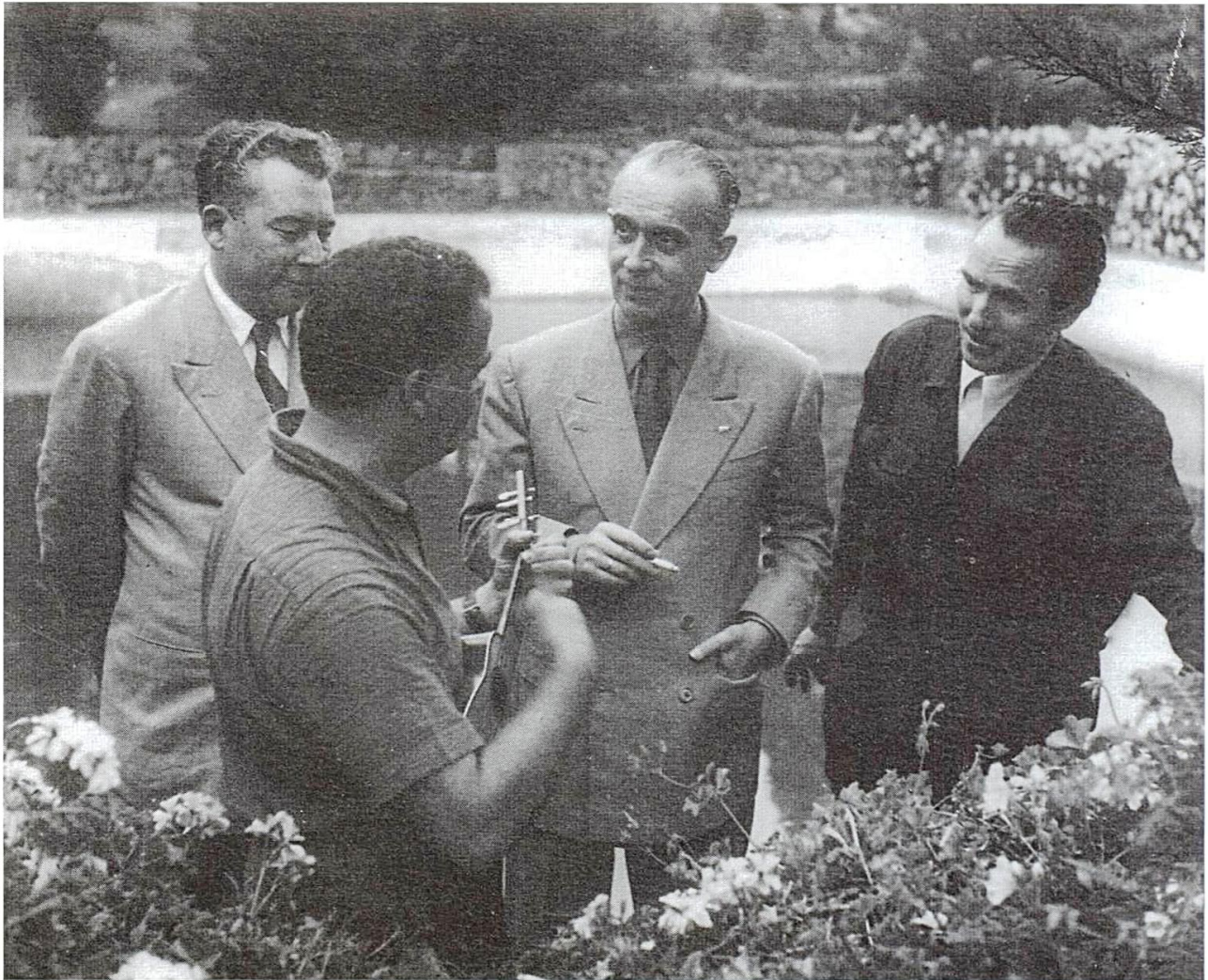
DÍA DE ALONDRAS



P. GARCÍA CABRERA

RAFAEL AROZARENA

De izq. a dcha., Pedro García Cabrera, Plácido Fleitas, Alberto Sartoris y Juan Ismael



Conocí a Pedro García Cabrera en la década de los cincuenta del siglo pasado, un día luminoso de verano en la “ciudad de Waque”, con tope de mar azul y cielo enredado entre palmeras, palomas y andoriñas. Estaba el pueblo adormecido sobre la dulzura de los viñedos, sufriendo la modorra del mediodía entre el incesante canto de grillos y capirotos. Me acompañaba el pintor Juan Ismael, quien me había propuesto presentarme al poeta.



–Es imprescindible que conozcas a Pedro García Cabrera –me había dicho mientras nos tomábamos un café en “El Águila”

–Si tienes cuatro pesetas podemos coger el tranvía y en una hora estamos en Tacoronte y le hacemos una visita. ¿Qué te parece?

–Podemos ser impertinentes... –aventuré

–¡Nada de eso! Pedro se alegrará de vernos. Además le llevo un dibujo que quiero regalarle.

Sacó un sobre del bolsillo y me lo entregó.

–Mira y dime qué te parece.

Se trataba de un cuadrito del tamaño de una postal, ejecutado con tinta china y acuarela. Tenía la personalidad surrealista inconfundible de Juan Ismael.

–Es una joya –comenté

–Estoy seguro que Pedro pensará lo mismo. Está sugerido por unos versos suyos.

–Tengo las cuatro pesetas –dije.

Hacia al mediodía de Valéry, “just le midi”, estábamos frente a una vieja casona de dos pisos, pintada con rojo inglés de teja con fachada de puerta y ventana...

–Aquí vive Pedro –exclamó Juan Ismael– Se ha retirado de la vida social y política. Se ha ido a su mundo...

Su mundo era un sillón de mimbre junto a una ventana que parecía una lámina encandilante de cobre que sólo me dejaba ver la silueta de un rostro donde brillaban intensamente los ojos del poeta. Su voz sí la oí con toda su intensidad. Era una grave y cargada de entusiasmo.

–¡Hola, muchachos! –exclamó después que nos anunciara Matilde, su esposa y principal admiradora.

Con los ojos decía otra cosa. Le salía el verso de otro poeta del grupo: “¡Juan Ismaelillo del alma!”

–Han venido en buen momento. Estoy terminando un libro que titularé “Día de alondras”. Les leeré algunos versos

ALONDRA DEL MIRLO Y CIRUELO EN FLOR

*No me digas que te quiera,
que ayer dijiste lo mismo
al brezo y la madre selva.
Pierdes el tiempo conmigo:
a mis estrellas de nieve*



*no le hacen falta tus trinos.
 Y, aunque sin alas me quede,
 no encontrarás en mis brazos
 una rama que te espere.
 Sé lo que vienes buscado:
 lucir tu traje de noche
 sobre mis hombros nevados.
 No son, mirlo, tus canciones
 las que verán mi desnudo
 desabrochado de flores.
 Antes me quede sin fruto
 que inmolar mis risas blancas
 a pico tan inseguro.
 Sigue a mentir en volandas
 a otros árboles lejanos
 que crean en tus palabras.
 En mí no vengas buscando
 amor para un alto nido.
 Ni pretendas que te quiera,
 que ayer dijiste lo mismo
 al brezo y la madreSelva.*

Detrás de la silueta oscura de aquel rostro violáceo quise recordar la única vez que había visto en persona a Pedro... Habían pasado ya muchos años, pues el hecho ocurrió en el año treinta y uno, contando yo ocho añitos solamente. Fue el 14 de abril, el día de la proclamación de la República. Estaba yo con mi hermano en la puerta del “Bar Cuatro Estaciones”, en la Plaza de la Candelaria (entonces Plaza de La Constitución) y de pronto surgió por la esquina de la calle de la Cruz Verde, una caravana de coches sonando “peras” y “claxons” y atiborrados de gentes que cantaban el “Himno de Riego”. En uno de los coches descapotados, un hombre se erguía portando la bandera tricolor. Alguien, a nuestro lado, gritó “¡Ahí va el poeta Pedro García Cabrera, empuñando la nueva bandera de España!” y comenzó a aplaudir con fuerza.

Me impresionó la figura de Pedro, su postura estatuaria y arrogante y la forma de su cabeza con el pelo elevado hacia atrás. Me pareció otra bandera para la España que se iniciaba aquel día...

Durante la visita en Tacoronte quise desvelar su rostro pero no pude por el reflejo de la luz cobriza del mediodía y sólo me llevé el impacto de sus ojos, aquellos balines acerados, que bailaban de alegría mientras nos iba leyendo



poemas de su libro. Al finalizar giró el rostro hacia la ventana. Afuera volaban las andoriñas...

–Este pueblo me surte de la máxima inspiración –dijo con sencillez–. Es un pueblo totalmente surrealista. Es como si vivieras en el interior de un cuadro de El Bosco.

–¡El jardín de las delicias! –exclamó Juan Ismael.

–Sí –confirmó Pedro–, aquí están completos todos los elementos surrealistas del cuadro. Hay frutas y foniles, cuervos y orates, carros de heno, y sobre todo el elemento más importante del surrealismo canario: el drago.

–Siempre me llamó la atención ese drago del jardín de las delicias –dijo Juan Ismael–. Es un árbol muy curioso y pictórico. Parece surgido para los pinceles de “El aduanero”. Esos troncos lisos, redondos, cárnicos...

–Sí. También lo recogió Oscar Domínguez, nuestro pintor surrealista por excelencia.

Hubo una pausa donde cada uno se quedó con su silencio, gozando de la luz naranja que entraba por la ventana.

–Aquí soy feliz. Me conformo. Gracias a la poesía el mundo se ciñe a nosotros –pronunció Pedro casi en un susurro, mirándose las manos– Matilde, esta luz, los sueños...

Noté que a su esposa se le rayaban los ojos. Logró poner una sonrisa en sus labios.

–Trabaja mucho –nos dijo– Escribe mucho. Le veo feliz. Hasta que conocí a Pedro no supe el extraordinario valor de la poesía.

Y saliendo de un breve ensimismamiento nos brindó:

–Se quedarán a comer. ¡Les haré un buen gazpacho!

Al regreso, la puesta de sol nos pilló por los Naranjeros, cruzando un bosquecillo de álamos blancos, cuyas hojas repicaban como chácaras metálicas, mientras la campana del tranvía asustaba a los capirotes... Se encendieron las luces y nos invadía una alegría extraña y valiosa, como si regresáramos de visitar a un príncipe o un Rey. Me vino a la memoria un verso del otro cantor de Tacoronte, el poeta Emeterio Gutiérrez Albelo: “No en carroza de cristal y pedería, en el tranvía”

No, no olvidaré aquel “Día de alondras”

